

# La Balada de los Elefantes Color Rosa

Ricardo Lugvzu



## Capítulo 1

-Tenemos mes y medio para ensayar –anunció el director de la orquesta con voz suave- el día de mañana se les proporcionarán las partituras. Pasen buenas noches y gracias a todos.

Seguido de esas palabras todos los integrantes de la orquesta se levantaron y comenzaron a guardar sus instrumentos. Minutos más tarde me encontraba caminando por las calles junto a mis dos mejores amigos, había llovido durante el ensayo, así que el ambiente resultaba húmedo, fresco y aún se podía sentir esa suave brisa de gotas remanentes.

-Tengo hambre –comentó Fernando.

-Tu siempre tienes hambre –se burló Alejandra.

-No puedes culparme con eso, así soy. -sonrió- Algo que me haga más feliz que la música es la comida.

Se me hace bastante gracioso cada vez que Fernando comenta eso, él es un chico muy delgado, pero siempre lo puedes ver comiendo. He llegado a pensar que tiene un agujero negro en vez de estómago.

-Les invito una dona y un café. –dije repentinamente.

-¿Y ahora a ti que te picó? –se burló Ale.

-Nada... o no estoy seguro –respondí dubitativo- es algo extraño que no puedo explicar.

-Pues extraño o no, yo acepto tu invitación –comentó Fernando mientras me apuntaba con el dedo, chasqueó su pulgar con el medio y su mano formó una ele horizontal.

Con una sonrisa y las gotas sobrantes de lluvia golpeándonos los rostros nos dirigimos al restaurante más cercano.

Una vez dentro, los tres nos sentamos alrededor de una mesa. El lugar estaba casi lleno, varias personas ataviadas con abrigos platicaban entre sí, las meseras vestidas con uniformes pertenecientes a los años cincuentas iban de un lado a otro con charolas que sobre ellas tenían tazas de café, chocolate, donas, churros y sandwiches. Disfrutamos del calor del café en las manos, habíamos pedido una orden de seis donas glaseadas que al momento de morderlas se te formaba una barba blanca y escuchábamos de fondo como la lluvia golpeaba el ventanal de la

tienda.

-Estoy cansadísima –comentó Ale- gracias por el café, Julián.

-No hay de qué –contesté- por alguna razón lo sentí necesario.

-Quizá fue porque te emocionaste al escuchar la noticia del día del niño – dijo Fer mientras daba otro sorbo a su café.

-Sí, quizá –aunque en mis adentros algo me decía que esa no era la razón- es intrigante pensar cuáles serán las canciones escogidas para la presentación. ¿No lo creen?

-Espero que sea la de “Yo soy tu amigo fiel” –comentó Ale un poco animada y sacudiendo los hombros- soy fanática de la película.

-O la de “El ciclo de la vida” –le secundó Fernando.

-Con tal de que se interprete la de “Quiero ser como tú” estoy satisfecho –comenté. Mis dos amigos me miraron con expresiones de intriga- la del libro de la selva... la que canta el rey mono.

-Ahh –dijero al unísono.

Fue en ese preciso momento cuando se escuchó que un auto derrapaba para instantes después estrellarse contra algo afuera del negocio. Los tres nos observamos con expresión atemorizada, pero un conocido instinto surgió desde el interior de mi amiga y salió corriendo mientras gritaba.

-Aun lado, soy paramédica.

Eso pareció haber roto el hielo y hacer que el tiempo volviera a andar que, por un pequeñísimo instante se había detenido. Todas las personas que estaban dentro del local se habían quedado paralizadas, mirándose unas a otras. Agarrando una bolsa de papel que estaba cerca metimos las donas que sobraron junto con los cafés y colgándonos los violines a los hombros salimos corriendo mi amiga y yo para alcanzar a Ale.

Por fortuna aún no se había formado el tumulto de chismosos que no deben faltar. A unos cuantos metros de dónde nos encontrábamos un automóvil se había estrellado en la pared de enfrente. La parte delantera donde debía ir el motor estaba completamente destrozada, a la pared se le había hecho un gran agujero y varios ladrillos al igual que pedazos de cristal se encontraban esparcidos por toda esa parte de la banqueta. Mi amiga ya se encontraba en la ventanilla del lado del conductor auxiliando a la persona. No se veía nada bien.

-¡Llamen a emergencias! –gritó.

Fernando sacó su celular y eso hizo. Yo me acerqué al lugar del accidente pensando que podría ayudar en algo.

-Es inútil –comentó Ale frustrada- no puedo hacer nada más hasta que lleguen con el equipo. Está inconsciente, pero sigue vivo.

-¡Director Rosas! –dije sorprendido.

Nuestro director de orquesta, aquella persona que habíamos visto hace no más de una hora se encontraba en el asiento del conductor inconsciente con la cara empapada en sangre. Al parecer había chocado contra la ventanilla ya que en su rostro se le habían incrustado pedazos de vidrio, en la mejilla, la nariz, uno grande en su ojo que comenzaba a hincharse con rapidez y su labio se había partido en dos colgando hacia extremos distintos asemejándose a la lengua regordeta de una serpiente. Finas líneas de sangre corrían por toda su cara.

-Ya viene la ambulancia –anunció Fernando acercándose- ¡¿PERO QUE DEMONIOS?! –se sobresaltó- ¿Es quién creo que es?

Ale y yo asentimos al mismo tiempo.

-¿No puedes ayudarle o porqué...?

Mi amiga se limitó a negar con la cabeza.

No mucho tiempo después llegó la ambulancia. Alejandra les explicó lo sucedido a los paramédicos, que resultaron ser sus compañeros. Vimos cómo la ambulancia partió del lugar con el director dentro y se perdió de vista.

-Es mejor que regresemos a casa –comenté aun con los escalofríos de lo sucedido.

Mis amigos asintieron y partimos hacia el departamento. Aquellos dos chicos con los que caminaba no solo eran mis mejores amigos, también eran mis compañeros de vivienda.

Yo soy originario de una pequeña ciudad no muy lejos de aquí llamada Cristal Rojizo. Hace dos años cuando llegué a ésta ciudad, la ciudad de Mensa, para terminar la carrera por una movilidad que había realizado, busqué alojamiento en un departamento. La mejor opción que encontré fue a cinco cuerdas de la universidad, pero sabía que no era gran problema ya que el centro al tener un aspecto colonial llegaría caminando en diez minutos por mucho, debía que atravesar callejones y cruzar una pequeña plaza que tenía una fuente en su centro, pero el hacer eso era

parte de la magia de éste lugar.

Por cuestiones de economía tenía que compartir piso con dos personas más, esas resultaron convirtiéndose en mis dos grandes amigos. Una era una chica llamada Alejandra, su cabello castaño, ojos marrones, de complexión delgada y alta, la asemejaba a una de esas chicas existentes solo en la literatura. Ella estaba a punto de adquirir su reconocimiento como paramédica certificada y no me cabía la menor duda de que sería una de las mejores, tiene un tono dulce al hablar, pero cuando se requiere frialdad ante la situación no titubea en ningún momento.

El otro era Fernando, un chico de ojos castaños, una agradable sonrisa que fácilmente podría salir en un comercial de dentrífico, era delgado pero se le comenzaba a notar los resultados del trabajo físico que realizaba. En cuanto hable con él me percaté al instante de que tenía una facilidad para las palabras que después supe le caracterizaba a la perfección. Sin duda su carisma siempre lograba sacarnos una risa y volvía el ambiente bastante ligero. La situación se volvió aún más curiosa cuando nos dimos cuenta que los tres estudiábamos la misma carrera y tocábamos el mismo instrumento. Tiempo después de graduarnos decidimos aplicar para tomar lugar en la orquesta sinfónica de la ciudad. El destino nos quería juntos, ya que los tres lo obtuvimos.

Alejandra, Fernando y yo, Julián. Un chico de tez morena, cabello negro, de 1.65 de estatura, amante de la lectura y con una gran imaginación.

## Capítulo 2

Me desperté temprano al día siguiente, las imágenes de aquel accidente seguían rondando en mi cabeza: los pedazos de vidrio en el suelo, la pared destruida, la cara ensangrentada del director y la luz de la ambulancia que cambia de azul a roja una y otra vez mientras se alejaba. Cuando llegué al as cocina mis dos amigos ya se encontraban ahí, Ale preparaba unos huevos revueltos y Fernando estaba en la mesa devorando un sandwich de queso. Los dos me sonrieron, pero era bastante sosa, se que a ellos le pasaba lo mismo que a mi; presenciar un accidente no se digería de manera fácil. Alejandra era la que se veía mejor, su entrenamiento como paramédica le han forjado un estómago de acero, aunque, como ella en varias ocasiones me ha dicho cada vez que le pregunto por algún caso fuerte: "atender a un desconocido no impacta de la misma manera que hacerlo con alguien a quien has tratado e incluso formado una especie de vínculo".

Nadie quería hablar de lo sucedido, entre los tres nos dirigíamos miradas, pero solo eso. El sonido de un tono de notificación seguido de el ruido del celular al vibrar sobre la mesa rompió el silencio, Fernando lo desbloqueó y al fin habló.

-El profesor Rosas sigue en terapia intensiva. Pero quieren que hoy nos presentemos a las cinco de la tarde en el salón de ensayo para que nos den las partituras.

-¿Ensayaremos sin director? –pregunté extrañado ya que normalmente él es el que se encarga de seleccionar las obras y hacerle correcciones que crea pertinentes.

-Al parecer ya tiene un suplente.

Terminamos de desayunar y nos preparamos para hacer lo que nos corresponde a cada quien de nuestro día.

El reloj marcó la hora indicada de la reunión. A excepción de 5 personas, todos los integrantes de la orquesta nos encontrábamos esperando las noticias. El director suplente era un hombre de aproximadamente sesenta años de edad, se había quedado calvo a excepción de unos cuantos cabellos que rodeaban su cabeza como corona y sus piernas regordetas parecían luchar para soportar los kilos extras que tenía su prominente abdomen.

-Buenas tardes –comenzó a hablar el director, su voz era grave y un poco lenta- lamento mucho lo sucedido al profesor Rosas, por suerte está en el

hospital recuperándose...

Había algo en su rostro al mencionar esa última frase que no parecía concordar con su intención.

-...Me presento, soy el doctor en historia de la música Benjamín Sánchez. Por el momento yo seré el director y lo más seguro, debido a la gravedad del asunto, el que dirija la presentación del mes de abril. Como ya saben, el motivo de hacerlos venir no solo fue el presentarme, también el dar a conocer el repertorio.

El salón de ensayo no es muy grande, pero tiene las dimensiones perfectas para que la orquesta quepa sin ningún problema. Al frente se encontraba un enorme pizarrón blanco con manchas de rojas y negras, señal de varios años de uso. A los costados posados sobre paredes de color azul se encontraban imágenes de disntitos músicos: Chopin, Vivaldi, Mozart, Chaikovsky, entre otros. Además de las sillas (plegables) el único mueble que se encontraba dentro era una pequeña mesa de metro y medio de largo.

El director inclinó hacia la mesa que en ese momento se encontraba al frente del salón y justo a su lado. Sobre ella tenía colocado un portafolio gris de piel, era de grandes dimensiones. Extrajo varios sobres cellados de tamaño carta y distintos colores. Con movimiuento lento los comenzó a repartir. Conforme los entregaba me percaté que cada color representaba una sección de la orquesta. "Bienvenido a Hogwarts", fue lo primero que se me vino a la mente. "Y ahora la sección es Rawviolin".

-Bien, me parece que ya todos tienen sus partituras y al parecer traje las copias suficientes para cada uno. -dijo Benjamín Sánchez con una enorme sonrisa y extendiendo los brazos. Sus ojos bailaban de izquierda a derecha examinándonos uno por uno- Pueden abrir el sobre. Se darán cuenta que las canciones seleccionadas son de películas infantiles, tanto de películas clásicas como contemporáneas.

El director tenía razón, mientras hojeaba las partituras observaba la diversidad que tenían. "Libre soy" de Frozen, "La bella y la bestia", "Yo soy tu amigo fiel" de Toy Story, "Historia de un matrimonio" de Up, "No hablaré de mi amor" de Hércules... ¡Si! "Quiero ser como tú" de "El libro de la selva". "Parte de él" y "Bajo del mar" de la sirenita, "Recuérdame" de coco, entre otras. Cuando observé la última... Me quedé paralizado al momento de leer el título.

Es raro cuando un viejo miedo vuelve a ti, incluso después de creer haberlo olvidado, tú piensas que eso ha quedado en el pasado como aquella foto que guardaste hasta el fondo de tu armario, pero un día arreglando tu vestuario te encuentras con aquella caja y sin acordarte lo que tenías adentro decides abrirla liberando aquellos recuerdos tanto

buenos cómo malos.

-Julián... ¿estás bien? –preguntó Fernando sacándome de mi ensimismamiento.

-¿He?... sí, sí...estoy bien –contesté casi en automático. En mi mente aún resonaban las palabras que acababa de leer.

-Gracias por su atención –cerró el director Sánchez- pueden retirarse y nos vemos mañana a primera hora para el ensayo. Comenzamos con "Pequeñas maravillas".

Ale, Fer y yo regresamos al departamento. A pesar de que ellos hablaban de manera vivaz yo me mantenía callado. La psique es muy extraña, ¿sabes?, la idea de tener miedo de niño es muy común, ya que te sientes indefenso y tu mente aún no asimila entre lo real y lo que no lo es. En cuanto creces te das cuenta de la inocencia de aquella edad y los miedos pasan a ser irrelevantes, terminas por dejarlos atrás. Pero hay algunos que al parecer nunca nos dejan.

Al llegar al departamento no crucé palabra con mis amigos, ellos sabían que algo no iba bien, pero comprendieron que no quería hablar de ello, a lo mejor pensaban que era un tipo de nostalgia por el director Rosas. Nunca he sido bueno para los cambios. Pero no, había otra cosa más, otra que no estaba preparado para contar.

Agotado emocionalmente me dirigí a la cama y dormí.

## Capítulo 3

*Me encontraba en la casa de mis padres, aquella en dónde viví hasta que la universidad me obligó a trasladarme. Sentado en un tapete rojo que se encontraba en medio de la sala veía con fascinación la película de "Dumbo", estaba consciente de tener mi edad actual, 26 años, pero cuando la pantalla cambiaba de escena y por un breve instante se volvía negra, el reflejo mostraba a un pequeño niño de cuatro años de edad. Traía puesto un sueter azul que me había tejido con estambre mi abuela materna ( me picaba el cuello, pero mi mamá me obligaba a usarlo), unos pantalones de mezclilla y a lado de mi un pequeño vaso con estampado de Sherk.*

*Justo en ese momento se reproducía la parte en dónde el pequeño elefante se embriagaba y comenzaba a ver elefantes de distintos colores; es comprensible que esa escena sea algo terrorífica si el mensaje que querían dar era que el alcohol es malo, pero para un niño de cuatro años era algo sumamente escalofriante. Ver cómo los elefantes se alargaban y compactaban de manera irreal, los rostros sonrientes de malicia, la figura compuesta por varias cabezas que marchaba hacia la pantalla pareciendo que quería atraparte y devorarte con sus distintas vocas desdentadas me provocaba escalofrios.*

*Siempre pasaba esa escena me tapaba el rostro con las manos o colocaba mi cara contra el brazo de mi mamá, pero me encontraba solo, ella se había dirigido a la cocina para preparar la cena y en ese entonces estaba saliendo de la casa con una enorme bolsa de plástico negra llena de basura.*

*Terminó la canción y de pronto la televisión se apagó junto con la luz. A pesar de ser tan solo las siete de la noche, el sol ya se había ocultado casi por completo. Mi corazón comenzó a latir con gran intensidad, no podía ver nada y por un instante pensé que tampoco podía escuchar. Quería lanzar un enorme grito de terror, llamar con desesperación a mi mamá para que llegara corriendo y me rodeara con sus brazos mientras me decía que todo estaría bien, que ella estaba para protegerme. Pero de mi boca no logró salir nada... ¡Solo era un niño de cuatro años que tenía miedo!.*

*Ya no reconocía mi propia casa, solamente estaba en una habitación completamente negra. Fue justo en ese momento cuando escuché a lo lejos el sonido de una puerta abriéndose con lentitud, la poca luz del alumbrado público que entraba por la fina separación de las cortinas me permitió ver cómo de una de las habitaciones salía la enorme cabeza de un elefante. Parecía salir de la nada, lo primero que noté fue cómo su enorme trompa se balanceaba de un lado a otro lentamente. Por encima de ella mediante el reflejo de la luz que pareció un chispazo dos ojos*

*vidriosos aparecieron de la obscuridad y me miraron fijamente sin parpadear, pensé que me querían hipnotizar, querían inmovilizarme para evitar que escapara. Las enormes orejas apergaminadas se movían simulando a un abanico carnosos, pero lo peor de todo era aquella sonrisa, esa mueca desdentada que se abría por detrás de la trompa. Se burlaba de mí, sonreía porque mientras más se acercaba estaba a un paso menos para devorarme y saborear mi carne, beber mi sangre y escuchar mis gritos de terror, sin duda, aquellos sería lo que le daba un toque de exquisitez.*

Desperté sudando frío y con respiración agitada. Tiempo después de lo sucedido me enteré que en realidad el elefante era solamente mi hermano mayor con una máscara... esa estúpida máscara me trajo tantos problemas de niño y al parecer se había extendido al presente. Puedo entender que ahora de adulto comprenda que aquel terror no era real, pero... por algo se llaman miedos irracionales, es simplemente algo que no puedes superar, algo que está fuera de tus manos.

## Capítulo 4

Continuaron los días y progresábamos cada vez más en los ensayos, el director no era tan estricto como todos pensábamos. Resultó ser una persona bastante relajada, incluso en algunas ocasiones sus movimientos me parecían mucho más lentos de lo usual. Había transcurrido una semana desde que se había comenzado con el nuevo repertorio y cada canción que interpretábamos me remontaba hacia mis años de niño en dónde la única preocupación que tenía era tender mi cama y recoger mis juguetes para que mi mamá no se enojara.

El sentir como mi arco rasga con las cuerdas mientras produce un sonido que encaja perfecto con los demás resonantes a mi alrededor hace crecer en mí una sensación de satisfacción y tranquilidad, aunque a veces, dependiendo de la melodía (con un presto o quizá un allegro) puedo albergar una energía tan intensa que si fuera algún superpoder podría destruir todo lo que estuviera a mi alrededor. La música es polifacética y multiemocional, te atrapa, te envuelve y hace contigo lo que ella desee, pero tú decides mantenerte y dejarte llevar. ¡Es una droga!, libera tus emociones, las intensifica y con el paso del tiempo deseas cada vez más y más.

El martes de la siguiente semana había llegado al ensayo antes que mis amigos. Fer había salido a realizar unas compras de improvisito y Ale seguía en el departamento ya que le había tocado hacer guardia de 12 horas aquella noche, desde las 9 p.m. del día pasado hasta las 9 a.m. de hoy. Algunos de la orquesta ya se encontraban sentados, Adrián platicaba con Estefanía, Ximena se encontraba leyendo un libro. un chico escribía algunas anotaciones en sus partituras. Decidí sentarme en mi lugar correspondiente y darle una limpieza rápida a mi violín con aquel paño rojo que me había acompañado desde mis años de estudiante.

No pasaron más de diez minutos cuando llegó el director Sánchez con su portafolio gris colgado al hombro izquierdo y en su mano derecha una caja de plástico con varias divisiones. Colocó los dos encima de la mesa, del portafolio sacó su atril como todos los días y lo colocó en su posición, frente a toda la orquesta. Desmontó la caja de plástico, piso a piso, parecían varias cajas de pizza.

Mientras el director hacía eso había llegado mi amigo y unos segundos después entraba al salón Ale.

-Imploro al cielo que esto termine –dijo Ale algo cansada mientras acomodaba sus cosas a lado de Fernando- es interesante cómo es que algunas canciones infantiles tienen una armonía tan compleja.

-Despreocúpate –le tranquilizó Fer- ya hemos ensayado como el ochenta por ciento de las canciones.

-Buenos días, jóvenes –el director se encontraba frente a su atril con las partituras en el y en su mano derecha blandía aquella batuta parecida a una varita mágica.

Respondimos al saludo y tomamos nuestros respectivos lugares.

-Antes de comenzar a ensayar tengo dos noticias que darles. La primera es que lamentablemente una de sus compañeras, Mariana, ya no pertenecerá a ésta orquesta.

Los presentes lanzaron exclamaciones de tristeza y desconcierto. Analicé a mi alrededor y me dí cuenta que en verdad no se encontraba presente. El asiento a lado de Clara se encontraba vacío, ella también parecía desconsertada a pesar de ser su compañera de atril.

-Tranquillos, pido paciencia –se apresuró a decir el director alzando ambas manos regordetas- Mariana tuvo un pequeño problema familiar que la obligó a regresarse a su ciudad natal. Esperemos que lo que necesite resolver esté sencillo como si fuera... pan comido. La segunda noticia -su gran sonrisa apareció en su rostro, sus ojos parecieron volverse pequeños con ese gesto- es que mi esposa preparó unos cuantos bocadillos para todos nosotros, así que en la mesa que en esta ocasión se encuentra al fondo estarán. Así que les pido, por favor, que en el intermedio del ensayo e incluso, si llegaran a sobrar al final, se coman uno.

Todos asentimos y dicho esas palabras comenzamos a ensayar las melodías. Al llegar el pequeño descanso nos dirigimos a la mesa de bocadillos cómo había indicado el director.

-Debes de probar esto –me dijo Ale extasiada- está muy bueno.

-Ale no miente –corroboró Fernando mientras masticaba un pedazo de croissant con una enorme sonrisa- haz de cuenta que comerlo es como... como... -movía los brazos tratando de explicar- no lo sé. Imagina que te gusta mucho el chocolate, que es tu dulce favorito y ya tienes tiempo de no haberlo comido, pues en un enorme tazón tienes un helado cubierto de chocolate derretido que al verlo no puedes evitar comerlo de un bocado porque sabes que saciará ese antojo que anhelas desde hace semanas.

Lo que describía mi amigo sonaba bastante bien y al observar su rostro por cada mordisco que daba me convencía de que no exageraba. Me acerqué a la mesa y observé lo que había en cada recipiente. En el primer contenedor se tenían los croissants, eran pequeños, algunos parecían rellenos de queso y otros de jamón. En el segundo una especie de sandwiches cortados en triángulos, en el tercer había galletas saladas que

encima tenían quesocrema y en el cuarto...

-¿Tiene carne? –preguntó una chica a mi espalda. Me sobresalté un poco, su voz parecía haber surgido de la nada. Giré mi cuerpo y me contré frente a frente con Clara, pasaba la mirada de los bocadillos a nosotros y viceversa.

-Me parece que si –respondió Ale.

-¿No comes carne? –pregunté.

-La verdad es que no...

-No te preocupes –el director había aparecido de la nada, lo cual me sorprendió ya que con su estructura física es difícil no notarlo- los que están allá no contienen. –señaló al último contenedor.

-Muchas gracias –y sin decir nada más se retiró.

-¿Qué les parecieron los bocadillos? Muchachos –preguntó Benjamín Sánchez examinándonos uno por uno. Sus ojos se detenían específicamente en la boca de cada uno. Cerré la boca y me limité a asentir, a decir verdad, ese gesto me incomodaba bastante.

-Están deliciosos, felicítame a su esposa que es una excelente cocinera –respondió Fer.

-De su parte – su sonrisa se agrandó más y seguido se alejó.

De pronto me di cuenta que no había probado ningún bocadillo, el tiempo de receso estaba a punto de acabar. Tomé uno y lo mastiqué. Al momento de que la comida se decidiera en mi boca y mis papilas gustativas percibieran su sabor me di cuenta que Fer tenía la razón y no exageraba, un pequeño momento de éxtasis me inundó por completo, el sabor me empapaba como una oleada de felicidad, la energía brotó en mi ser y me dieron ganas de comer más. Esa comida parecía saciar lo que me faltaba e incluso durante ese momento mis miedos se esfumaron.

-¡Julían! –era Fer quien me dio un ligero codazo para despertarme de mi ensimismamiento- regresemos al ensayo.

Por un momento me mareé, creí que el suelo se movía, pero logré recuperarme. Mis musculos seguían tensos por el éxtasis de hace unos instantes, esa mágica sensación seguía en mi, trasladándose por mi torrente digestivo y quizá, o por lo menos así lo percibía yo, en el sanguíneo. El éxtasis se esfumó al instante que supe cuál sería la siguiente melodía. Aquella a la cual aún no habíamos ensayado y cada

ensayo imploraba por que fuera retirada del repertorio: Las ánimas del terror.

## Capítulo 5

No sabría decir si había abierto los ojos o no, mi mente me decía que si pero por más que trataba de enfocar no lograba ver nada. La oscuridad me envolvía al igual que una sensación de frío recorría mi cuerpo, una pequeña rafaga de viento soplaba por algún lado y golpeaba mis brazos. A mi nariz le llegó un extraño olor a humedad y en mi boca apareció el sabor a hierro. Sabía perfectamente que estaba sentado en una silla con recubrimiento afelpado; la textura del asiento, los reposabrazos y el respaldo se sentía rasposa. Pasé mis dedos por esos lugares y una pequeña capa de polvo se adhirió a ellos. No quería moverme de este asiento, sentía que mis pies tocaban suelo, pero no sabía si este se acabaría en algún momento. Estiré mi pie derecho pero chocó contra algo que tenía enfrente a no muy lejos de mí. Estiré el brazo y con mi mano toqué una superficie fría y rugosa.

-¿Plástico? -pregunté en voz baja y el eco me respondió con la misma pregunta.

La luz al encenderse de forma repentina me obligó a cerrar los ojos pero no sin antes cegarme un rato. Cuando los abrí con lentitud solo logré ver en un inicio manchas borrosas de colores. Cuando se fueron aclarando poco a poco me di cuenta de que me encontraba en un teatro.

Varias filas de asientos con felpa roja se extendían a mi alrededor. La decoración parecía de la época colonial, doce columnas ubicadas a los costados (cuatro a la derecha, cuatro a la izquierda, dos al frente cerca del escenario y dos atrás fungiendo como guardianes de la entrada), enredadas en cada una de ellas dos serpientes reptaban en direcciones opuestas. El suelo era de madera, ¿caoba?, ¿pino?, la verdad no sabría decir ya que nunca he logrado identificarlas. La luz provenía de varias arañas de cristal ubicadas en varios lugares del techo.

-¿Alguien? -pregunté al aire. Quería convencerme de que alguien estaba en el teatro. Las luces no podrían haberse encendido solas ¿o sí?- ¿quién está ahí?

Me levanté de mi asiento y cuando estaba dispuesto a irme las luces del escenario se encendieron y el telón se abrió lentamente. Una extraña música de feria brotó de los altavoces colgados en las esquinas. Al inicio solo se escuchó el sonido del acordeón pero después de unos segundos dió paso a un violín. La melodía me recordó a la típica que escuchaba cada vez que me subía al carrusel del centro comercial cuando tenía seis años.

-Julián acércate, por favor -dijo la voz de una chica a mis espaldas.

Al girarme me percaté que la mujer que me había hablado era Mariana. Su cabello castaño y lacio le caía reposando en sus hombros, los ojos color marrón me miraban con intensidad y su boca formaba una gran sonrisa en forma de media luna .

-Ven conmigo, Julián.

Quise quedarme dónde estaba, pero mis pies respondieron a una fuerza externa a mí y comenzaron a moverse lentamente. La voz de la chica sonaba soñadora e incluso a terminar cada frase parecía alargar un poco la última silaba como si estuviera cantando. Cada vez más me acercaba a la chica sin poder evitarlo.

-Es mejor estar aquí arriba –la frase la dijo en forma dulce y seductora. Extendió uno de sus brazos mostrándome la palma de su mano- no sabes lo magnífica que es la vista desde aquí.

Mariana abrió la boca y mostró unos dientes completamente amarillos, algunos ya se encontraban en etapa de putrefacción y sus labios se tornaron negros. Varias heridas los surcaban, pareciese como si se hubieran secado por completo.

-Ya casi es momento, Julián. Está muy cerca.

-¿Quién se acerca? –pregunté alarmado.

-El que nos saciará.

De la punta de su dedo comenzó a gotear líquido negro de consistencia parecida a la miel. El cabello comenzó a caerse mechón a mechón hasta unas cuantas hebras sujetas a su cráneo y la mitad de su rostro se desprendió al igual que una calcomanía que se ha quedado sin pegamento colgando de manera grotesca a la altura de su cuello.

-Cada vez está más cerca –el tono de la chica había cambiado y parecía que hablaba debajo del agua.

El escenario comenzó a temblar, las luces se movían tambaleantes y el telón se sacudía de tal manera que parecía estar bailando. Tuve que sostenerme del asiento más cercano para evitar perder el equilibrio y caer. Pequeños pedazos de cemento, cal y pintura comenzaban a decorar el suelo como si se tratara de una alfombra. La sensación me recordó a Jurassic Park cuando el tiranosaurio rex se acercaba. A cada nueva sacudida la música se distorsionaba cada vez más y más.

-¿Lo puedes ver Julián? –preguntó el cadáver de Mariana- está a punto de

subir al escenario. Observa lo grande que se ve, lo imponente que es.

La sombra que proyectaba Mariana a sus espaldas comenzó a retorcerse y lentamente se comenzó a hinchar. La figura espectral creció hasta tal punto de que no podía ver dónde terminaba pues se perdía tras la bambalina. Los brazos se volvieron más gruesos y el cuerpo creció a uno mucho más robusto.

-Está más cerca de lo que crees -alzo sus huesudos brazos hacia el techo y fue en ese instante cuando las columnas comenzaron a resquebrajarse.

Lo ultimo que escuché fue el gruñido de algún animal antes de que un pesado candelabro me callera del techo.

## Capítulo 6

Desperté sintiendo un gran ardor en la mejilla derecha. Mi respiración era bastante rápida y aquellas imágenes del teatro cayendose aún rondaban en mi cabeza. ¿Qué fue eso?, sin duda algo que mi cerebro me quería enseñar, lo más probable es que el trauma de mi infancia se esté mezclando con los ensayos y la única manera de liberar ese temor que tengo es a través de pesadillas. Al abrir los ojos me sobresaltó una figura borrosa que se encontraba frente a mí.

-¿Qué demonios? -quise gritar, pero las palabras salieron en forma de susurro.

La poca luz de la luna se filtraba a través de la abertura de las cortinas. Fue mayor mi impresión cuando me di cuenta que eran dos siluetas humanoides las que se encontraba en mi cuarto. Por un breve instante éstas se distorsionaron al igual que en mi sueño.

-¡No!

Comencé a sacudirme con frenesí, los músculos de mis brazos se tensaron y mi torso pareció cobrar mentalidad propia. ¿Pero qué demonios?

-Julian... -era la voz de una chica.

"Aún no he terminado de despertar" pensé con desesperación "es un sueño dentro de otro sueño". Cuando mis ojos se acostumbraron a la obscuridad me percaté que era Fernando el que me agitaba frenéticamente.

-¿Pero qué demonios te sucede?! -estalló Ale quien se encontraba a un costado de mi cama, era la otra figura que había visto- llevas diez minutos gritando y diciendo cosas sin sentido.

-¿Por qué me duele la mejilla? -pregunté aturcido.

Me sentía estúpido. La madurez que parecía haber desarrollado en los últimos años se había esfumado, en su lugar había dejado a un pequeño niño miedoso y que no lograba pensar con claridad ni diferenciar entre lo real y lo que no lo era.

-Te tuve que golpear para que despertaras -respondió Fer con tono cansado y molesto- tienes el sueño bastante pesado.

-Una simple sacudida hubiera estado bien -respondí secamente.

-Créeme, lo intenté.

Ahora que me encontraba más lucido podía ver bien a mis dos amigos. Fernando traía unos shorts azules que le llegaba un poco arriba de la rodilla y una playera gris de cuello redondo, su cabello estaba alborotado formando un amasijo negro. Ale, con una playera de tirantes que descubrían sus brazos con cierta musculatura por el entrenamiento de paramédica que regularmente realiza, pero sin perder la figura delineada y seductora de una mujer. Portaba unos pantalones de textura bastante cómoda con estampado de gatitos. Al igual que Fer, su rostro parecía bastante cansado y al cabello amarrado en una coleta se le escapaban ciertos mechones rebeldes en distintas direcciones.

-Perdonen... -comenté cansado y algo apenado, esperaba que la luz no fuera suficiente para alcanzar a ver mi rostro- el sueño que tuve fue...esperen, ¿dijiste que gritaba y decía cosas sin sentido?

-Sí –Ale aún seguía un poco molesta, se acercó más a mi cama con los brazos cruzados- decías algo sobre de que algo se acerca y que pronto vendrá. ¿Qué demonios estabas soñando?, ¿cenaste algo que te vayó pesado?

-¿Qué? No, no -respondí de inmediato- no fue nada que comí.

Podía contarles en ese momento el sueño tan loco que había tenido, aquél en dónde una Mariana zombie me llamaba desde un teatro abandonado. Pero a juzgar por las miradas de mis amigos, si se los decía pensarían que he perdido la cabeza.

-¿Entonces? –preguntó Fer- ¿Por qué causaste tal alboroto?

Decidí contarles el trauma que se me había formado en la infancia, aquel que involucraba elefantes y cómo desde que comenzamos a ensayar la canción de Dumbo, el miedo había resurgido de mi interior.

-¡Vamos! –quiso animarme mi amiga- es un miedo que podrás superar. Ahora que sabes que fue tu hermano, podrás entender que no existe ningún elefante endemoniado.

-Lo sé –solté una risa de nerviosismo- créeme, comprendo que es un miedo tonto. –suspiré- Perdonen por los gritos, fue solo una pesadilla.

Mis amigos asintieron aceptando mi disculpa.

-Esta bien, Julián -concluyó Ale- todo mundo tiene pesadillas. Ahora, si no les importa a los dos, me gustaría irme a dormir porque a partir de mañana comienzo mis turnos nocturnos en el servicio de emergencias y para eso necesito haber tenido un buen descanso. Me iré a mi cuarto y

espero dormir sin ningún ruido.

Con miradas cansadas salieron de mi habitación y regresamos a dormir. Faltaban dos semanas para el concierto, los ensayos se volvían cada vez más estresantes y la presión crecía con intensidad. El miércoles de esa semana antes de comenzar el ensayo Fer nos platicaba de un nuevo libro que había comprado.

-Está interesante –comentaba- es una historia extraña de terror, hasta ahora voy en una parte dónde dos primos se encuentran solos en la casa de uno de ellos y comienzan a ocurrir cosas extrañas. Hay una máscara de por medio, hasta ahora no sé qué tenga que ver, pero parece interesante.

-Me gusta –recalqué- recuérdame el título para...-me detuve, atrás de Fernando, a unos cuantos lugares de él, se encontraba Clara la flautista, su mirada parecía perdida mientras extraía su instrumento del estuche- ¿soy yo o parece que a Clara le pasa algo?

-Sí –corroboró Ale en voz baja- se ve preocupada. ¿Le habrá pasado algo?

-No sé, quizá....

No logré terminar la frase porque Fer se había levantado de su asiento y caminaba hacia la chica. Ale y yo nos miramos, ambos sabíamos que nuestro amigo es muy atrevido para hacer las cosas, no le tiene miedo al fracaso y si se le presenta alguna duda, no lo pensará dos veces hasta aclarar las cosas. Para cuando Ale y yo llegamos a dónde estaban Clara y Fer, ella lucía bastante tímida.

-Es extraño –decía Clara en voz baja- pero es más idea mía que otra cosa.

-Si sientes que algo es extraño –le dijo Fer- es mejor que lo resuelvas.

-Además –continué- si lo cuentas, podríamos ayudarte a comprender.

-Cuatro cabezas piensan mejor que una –la animó mi amigo y le guiñó el ojo.

Clara suspiró bajó la mirada hacia su flauta, parecía que ésta le daba fuerzas para hablar.

-Me quedé preocupada por Mariana –comenzó a relatar, su voz era tenue- fue tan extraña su partida. Anteriormente me había prestado un libro, así que cuando se fue pensé que regresaría a la semana siguiente y podría devolvérselo. Cuando no fue así, le mandé un mensaje para decirle que

cuando nos podríamos ver para entregárselo.

Hasta ahora, no veía la razón del porqué se encontraba tan preocupada o en ese estado. Que una persona no te responda un mensaje no significa que el mundo se vaya a acabar.

-No lo respondió, más bien, ni siquiera le llegó. Ya saben, solo marcaba una sola palomita. Al día siguiente le volví a mandar un mensaje, pero sucedió lo mismo.

-Es probable que haya desinstalado el whatsapp –conjeturó Ale- o quizá su teléfono dejó de funcionar.

-Sí lo pensé –corroboró Clara- por esa razón decidí marcarle a su celular, ella no contestó la primera vez, de hecho, me mandó directamente a buzón. Ya sé, si, apagó el teléfono -alzó la mirada y asintió de tal manera como si lo que había dicho era algo bastante lógico- pero en ocasiones mi teléfono pierde la señal, así que en ese instante pensé que había sido eso. Volvió a marcar y esta vez me contestó pero no escuché nada... bueno, no podría decir que fuera nada, era algo sumamente extraño. No se si me podré explicar, pero es como cuando estas en un concierto y escuchas a la gente gritar... pero –su voz comenzó a temblar, volvió a agachar su cabeza, el cabello castaño le cubría el rostro como una cortina- los gritos parecían distorsionados, en un concierto los gritos son de euforia y alegría, pero éstos sonaban agonizantes, parecían de dolor... incluso había varias cosas metálicas chocando entre sí.

La chica se estremeció y sus manos se aferraron más a su flauta, muy probablemente terminaría con marcas en sus palmas, parecía que el contar la historia le hacía vivirla de nuevo. Una pequeña abertura se formó en su cabello dejando ver uno de sus ojos, su mirada parecía sombría. Sin duda, cada quien tiene sus propios demonios...

-Fue señal encontrada –explicó Fer tratando de tranquilizar a la flautista, su voz traba de ser suave y acentuaba su expresión con una gran sonrisa- en ocasiones eso sucede, los celulares toman señales de radios u otros dispositivos y es lo que se escucha. Es extraño que suceda, pero no imposible- se que quería inspirar tranquilidad a la chica pero por su expresión, ni siquiera él parecía creerse eso.

-Existen dos rutas que puedo tomar para regresar a mi casa. -Clara parecía haber leído la expresión de mi amigo- Una de ellas pasa por la casa de Mariana, normalmente tomo la otra ya que se hace menos tiempo en el recorrido. Hace dos días tuve que tomar la primera, ya que se estaba haciendo noche y quería regresar a casa lo más pronto posible. El punto es que cuando pasé por su casa el coche de sus papás estaba

afuera.

-¿Ya regresó Mariana a la ciudad? –preguntó Ale intrigada.

Sabía porque le extrañaba tanto a mi amiga lo que nos acababa de decir Clara, si es que Mariana había regresado, ¿por qué no se había reintegrado a la orquesta? Decidí seguir escuchando lo que contaba Clara.

-No exactamente –volvió a resoplar- ayer, antes de venir al ensayo, decidí pasar a su casa para devolverle el libro, quizá piensen que soy muy exagerada, pero se lo que se siente que alguien ya no te devuelva un libro. Cuando llegué y toqué a la puerta la que me recibió fue su mamá. Pregunté por Mariana, pero me dijo que no se encontraba en ese momento, que la vería en el ensayo, cosa que no sucedió.

-Bueno, quizá...

-No –me interrumpió, en verdad estaba segura de lo que pensaba- sé que hay algo más. Su mamá parecía perdida, como si no fuera ella con la que hablé. Le devolví el libro diciéndole que se lo diera a Mariana y de paso deseándole que las cosas se resolvieran pronto y de la mejor manera... cuando dije eso, pareció no reaccionar, como si no pasara nada o incluso, por un momento, pareció que la señora no sabía de qué estaba hablando. Se limitó a asentir y como si estuviera siendo controlada por un gran titiritero cerró la puerta sin decirme nada más.

-Debe haber una explicación –dijo Fernando después de un largo silencio- no deberías de preocuparte. Al menos ya sabes que ellos están bien, ya que viste a su mamá.

-Y luego los sueños... los malditos sueños.

Esa última palabra resonó en mi cabeza. ¿Sueños como el que tuve?, si había conectado a Mariana con una pesadilla entonces... ¿podrían tener relación con mi pesadilla? Me intrigaba el saber que había soñado. Pero cuando estaba a punto de preguntarle sobre ellos la voz del director nos interrumpió.

-Buenas tardes -dijo con su típico tono alegre- estamos ya a pocas semanas de la presentación, entonces éstos últimos ensayos serán muy duros y me volveré más exigente –volvió a mostrar su sonrisa característica- hoy mi esposa volvió a preparar postres para compartirles. Así que ya saben, al momento del descanso, pueden comer un poco.

Dicho eso, cada quien tomó su asiento y comenzamos a ensayar. Cuando llegó el receso todos nos dirigimos hacia la mesa de los postres.

-La esposa del director siempre se luce –comentó Fernando con un pedazo de brownie en la boca.

-¡Exactamente! –corroboró Ale sirviéndose un pedazo de pay de limón.

Brownies, pay de queso y de limón, cupcakes, flan, pastel imposible y de zanahoria, manzanas acarameladas y mouse. Cada vez que el director nos traía comida parecía ser un banquete. Probé un poco de todo, cada postre sabía tan exquisito como se veía a pesar de que la zanahoria no era de los alimentos que me agradaran decidí comer una rebanada de pastel, no miento, parecía llamarme a que lo consumiera.

La tranquilidad volvió a brotar desde lo interno de mi ser y me envolvió como una manta. Cada mordida parecía ser una pastilla tranquilizante. Después sin previo aviso y de manera incongruente la euforia se abrió paso ante todo lo anterior, quería saltar, gritar, cantar...tenía la energía suficiente para agarrar mi violín y tocar el vuelo del abejorro a primera vista.

-Esto tiene algo mágico.

Fue en ese instante cuando vi a Clara al fondo del salón, estaba terminándose una manzana acaramelada. Me acerqué a ella, su rostro había cambiado por completo, ya no parecía sombrío, al igual que mi estado emocional de hace un instante, parecía estar bastante relajada. Le pregunté sobre los sueños que había tenido.

-¿Qué sueños? –me contestó mirándome como si fuera un bicho raro- tengo meses sin soñar nada.

## Capítulo 7

Alejandra se encontraba parada afuera de las instalaciones de emergencias. Mantenía los ojos cerrados para poder sentir la suave brisa que le golpeaba el rostro, sus pensamientos se arremolinaban en su cabeza con la fuerza de un torbellino. La chica sabía perfectamente (y más al estar en aquél trabajo tan impredecible) que la vida es una montaña rusa metafórica. Al estar en el triángulo azul, la unidad de servicios médicos de emergencia principal de la ciudad de Mens, los casos que desde su ingreso había estado atendiendo eran bastante variados en condiciones sociales, culturales y económicas. Es decir, que la desgracia no tenía prejuicios para atacar.

-Manzo -dijo una voz a su espalda.

Alejandra no abrió los ojos, podía escuchar perfectamente los pasos de aquella persona acercándose. Sin duda las últimas semanas habían sido bastantes pesadas emocionalmente, aún no podía superar por completo el accidente que había sufrido el director Rosas, las primeras noches siguientes al suceso soñaba que corría hacia aquél auto en ruinas, pero en vez de encontrarse con el director, en el asiento del conductor había un esqueleto amarillento y lleno de moho, su mueca mostraba horror y desesperación. "Te estuve esperando, Ale" brotaba una voz agonizante desde aquella dentadura. "Siempre he confiado en tus capacidades y nunca dude de ellas, pero cuando más las necesitaba nunca apareciste", las cavidades dónde debían haber estado sus ojos parecían que, de alguna manera extraña, la miraban fijamente. "¿Por qué me abandonaste?".

Con el tiempo las pesadillas se presentaban con menor frecuencia, tenía experiencia en atender casos bastantes graves: decapitados, con objetos que atravesaban los cuerpos de manera grotesca, destrucción total de extremidades y demás. Durante el entrenamiento que se tiene para ser paramédico, se forja un carácter frío, se desarrolla un pensamiento calculador y, por así decirlo, un estómago de acero. Una de las principales reglas que se tienen es que al momento de atender al paciente se debe tratar como un cuerpo que necesita preservar la vida a cualquier costo, pero eso no significaba que dejaran de ser seres con sentimientos y emociones, que las consecuencias de lo que los paramédicos hicieran en ese instante para mantenerlos con vida podrían afectar el futuro de ellos incluso de manera negativa. Con el tiempo eso se tenía claro, pero de cierta manera pasaba a ser segundo plano. El problema fue que tuvo que intervenir a una persona que había tratado muy seguido, con la que había reído, bromeado, se había enojado e incluso, una que siempre había sido de su completa admiración. La sonrisa que mostraba se borró por un momento.

-¿Por qué tan sola? -preguntó aquella voz que ahora se encontraba más cerca.

-Solo estoy disfrutando del aire y tratando de relajarme un poco. - contestó con voz baja mientras realizaba una lenta y profunda inhalación. Al instante le llegó el olor a humo de tabaco- No creo que sea momento de fumar, Adrián.

-Tú te relajas a tu manera y yo a la mía -contestó con una sonrisa y dando otra calada a su cigarro.

-Lo que necesito es una buena cerveza o un viaje de fin de semana a un pequeño pueblo.

Abrió los ojos y se percató que su compañero se encontraba a su lado. El triángulo azul se encontraba en una pequeña colina desde la cual se podía apreciar la ciudad, no era muy grande, pero crecía con gran rapidez. Infinidad de puntos de luces se observaban por todos lados; naranjas, rojos, verdes, blancos; cada uno proveniente de una casa, un restaurante, autos o incluso del propio alumbrado público.

-¿No se supone que te ibas a ir con tu novio la semana pasada? -preguntó el chico mientras expulsaba una columna de humo gris.

Alejandra se giró para verlo. El alumbrado público nacarando lograba obscurecerle la mitad del rostro al chico, sus ojos esmeraldas ahora se habían tornado avellana. Medía aproximadamente 1.80 m y a pesar de no ser musculoso no parecía un enclenque, aunque el uniforme le ocultara el cuerpo atlético apenas notable que parecía estar adquiriendo.

-La tuvimos que posponer para dentro de dos semanas -comentó la chica encogiéndose de hombros- resulta que los ahorros que habíamos apartado para ese viaje los tuvimos que utilizar en otras cosas. Fue tan extraño, -y en verdad lo había sido, pero la chica no había relacionado que los hechos tenían algo en común hasta después de varios días- las cuatro cuerdas de mi violín se rompieron casi al mismo tiempo, con unas cuantas horas de separación entre cada una y mi novio se intoxicó, así que el dinero fue destinado a un nuevo juego de cuerdas y en medicamentos.

El chico asintió en señal de empatía.

-Escuché que hubo un lote de alimentos marinos que ocasionaron problemas de salud, no sé si tu novio tuvo la desfortuna de comer uno de ellos.

-Sí, fue por pescado.

-Ya ves -el chico sonrió y tiró el filtro del cigarro al piso no sin antes aplastarlo con el zapato-y lo de tu violín pudo haber sido desgaste de cuerdas o la presión...no sé, la experta aquí eres tú.

Y rió un poco. Ale se le unió.

-Sí. -la chica miró hacia el cielo, a pesar de la contaminación lumínica, aún se podían apreciar algunas estrellas- Adrián, sabes que a mí me gusta mucho viajar, escalar, probar comida excéntrica e incluso sentir cómo la adrenalina recorre mi cuerpo. En los viajes que realizo con mi novio tengo la oportunidad de realizar todo eso.

-Lo sé, Manzo -afirmó el chico- hasta se nota en tu mirada ese destello de energía cuando lo hablas. Por suerte para eso estoy yo, en este equipo tu eres la intrépida y yo soy el sistemático. No me digas que ya te olvidaste de aquél chiste que hacíamos cuando nos conocimos: ¡Katara y Sokka! Los hermanos, en este caso sin sangre, que salvan a la nación.

-Nunca lo olvidaría. -dijo la chica riendo- Ya extrañaba que nos tocara juntos al menos un turno.

No se habían visto desde el accidente. Él había sido el que manejaba la ambulancia que trasladó al director. Desde aquel entonces no había sabido nada de él y estaba agradecida que no le hubiera preguntado sobre nada, aquellos días fueron caóticos. El chico despegó los labios, una corazonada le dijo a Alejandra que iba a tocar el tema, pero antes de que pudiera pronunciar alguna palabra fue interrumpido por un grito.

-¡Manzo!, ¡Gutiérrez! Rápido a la ambulancia, tenemos un llamado.

Quién se acercó corriendo fue Carolina, una chica de baja estatura, cabello negro y tez morena de voz fuerte y una habilidad impresionante para organizarse. Segundos después el vehículo se dirigía hacia el lugar indicado.

Durante el trayecto Carolina les había comentado rápidamente lo sucedido, pero la impresión que les causó al verlo fue mucho mayor de la esperada. En el lugar ya se encontraba una patrulla de policía y acordonado con la famosa y típica cinta amarilla se encontraba en el centro de ese extraño óvalo una camioneta estrellada contra un fuerte y grueso árbol. A la violinista se le formó un nudo en el estómago, pero había tenido mucho entrenamiento para controlarlo, así que rápidamente la sensación comenzó a desaparecer.

Alejandra no sabía mucho de criminología, pero el tiempo que ha permanecido en la unidad de emergencias le dio la suficiente experiencia para poder identificar ciertas características claves. Dos postes de alumbrado público se encontraban en el suelo, líneas negras zigzagueaban

en el pavimento y el coche presentaba varias abolladuras en los costados del mismo. Es muy probable que el automóvil perdiera el control por que le fallaron los frenos, se estrellara contra aquellos postes de luz, pero lo único que pudo detenerlo fue el árbol.

Alejandra junto a Carolina y Adrián corrieron hacia el automóvil, gracias a la escasa iluminación no se habían dado cuenta de lo que escondían las sombras. El chico tuvo que cerrar los ojos por un momento y la violinista ahogó un grito. Entre el automóvil y el árbol se encontraba prensado un hombre, su cabello negro con tintes rojizos por la sangre le caía sobre la frente y le cubría los ojos. Su respiración se escuchaba entrecortada, sin duda no tardaría en morir, pero sin duda intentarían salvarlo.

-¡Carajo! –pronunció Adrián en voz baja. El y Carolina se dirigieron hacia el hombre y Alejandra hacia el conductor.

Cuando la chica llegó se percató que la persona que conducía era un joven de aproximadamente 19 años de edad, su cabeza estaba recostada sobre el volante y los brazos colgados a los costados como dos fideos inertes. De la frente brotaba una gran cantidad de sangre, era buena señal, ya que indicaba que el corazón seguía bombeando y por lo consecuente, aún estaba vivo. De sus bolsillos sacó unas gasas y no sin antes revisar que el cuello no estuviera roto levantó la cabeza del chico y detuvo el sangrado.

-¿Puedes escucharme? –preguntó.

Pero no consiguió respuesta, miró hacia el frente y pudo ver a sus amigos ayudando a aquél hombre, sus manos se movían con agilidad.

-Resiste –suplicó presionando la gasa en la frente- en un momento te sacaré de aquí.

La respiración del chico era lenta y su pulso bastante débil. Alejandra se percató de que, a simple vista, el único problema era la herida de la frente, el cinturón lo había mantenido en su asiento.

-Agradezco que hayas sido responsable por usarlo –dijo en voz baja.

Pero aún no podía descartar el riesgo, no sabía si tenía heridas internas. Con cuidado abrió la puerta (ya se había asegurado de que si la movía no iba a causar algún daño extra) y con sumo cuidado trató de quitarle el cinturón de seguridad, pero estaba atascado, de uno de sus bolsillos sacó una pequeña navaja y con un brusco movimiento lo cortó. Fue en ese instante cuando todo se volvió sombrío y los hechos pasaron con gran rapidez.

El chico comenzó a convulsionarse con violencia, su cabeza se agitaba y los brazos bailaban golpeándose contra el interior de la camioneta.

Alejandra con rápidos movimientos los esquivó y se abalanzó sobre el chico para tratar de contenerlo.

-¡Ayúdenme! –gritó con voz ronca.

-¡Alejandra! –le contestó una chica a sus espaldas.

-¡Necesito ayuda, por favor! –sus músculos se tensaron.

De pronto los movimientos cesaron.

-Gracias al... –comenzó a decir aliviada, pero algo la detuvo.

Como si se tratara de un gorgoteo o incluso del croar de un sapo un extraño sonido brotó de la garganta del chico.

-Alejandra... está cerca –repitió la voz femenina.

-¡No quiero que esté cerca, maldita sea! –soltó enojada- ¡Quiero que alguien esté aquí para que me ayuden!

Su respiración comenzó a agitarse y su corazón se aceleró.

-Alejandra...

-¡Carolina! ¡No es momento para estar de bromista y...! –miró sobre su hombro, pero no había nadie- ¿Carolina?, ¿Adrián?

Miró hacia todos lados buscando a sus compañeros, pero para su sorpresa y provocando que su corazón se acelerara más se percató que se encontraba sola. No había nadie a excepción de ella y los dos hombres del accidente. El gorgoteo seguía brotando de la boca del chico.

-Cada vez está más cerca –la voz de aquella mujer parecía salir de la nada.

-¡Sálvate –en esta ocasión era la voz de un hombre- ya es tarde para mí, pero ustedes aún pueden –sonaba gruesa, profunda y áspera.

Estridentes golpes hacia una lámina sonaron con intensidad a tal punto que parecían iban a lastimar sus oídos. Giró su cabeza y se dio cuenta que era el hombre prensado el que los provocaba, sus puños subían y bajan golpeando con fuerza el capó como si de un enorme tambor se tratara. Su cabello húmedo y goteando de sangre no se le apartaba de la cara evitando poder identificarlo, las prendas rasgadas se movían y ondulaban como si fuera un espectro demoniaco... y de hecho no había otra explicación, por la fatalidad del accidente el hombre debería estar muerto.

-Está muy próximo –gritó aquel hombre sacudiéndose hacia los lados, como si tratara de escapar. De la boca lanzaba chorros de sangre negra- ¿no lo puedes ver?

El gorgoteo que producía el conductor se convirtió en una risa espeluznante, una que solo se podría escuchar en una película de terror. El hombre prensado alzó las manos hacia el cielo como si intentara plegar.

-Solo míralo –anunció la voz femenina- está enfrente, es inmenso.

Y fue ahí cuando la violinista se tornó pálida y pensó que el corazón se le iba a detener. Aquél árbol en dónde se había estrellado el coche ya no era eso, se había transformado en otra cosa, parecía ahora piel gris con incrustaciones de marfil. Lo primero que pudo pensar Alejandra fue en una pata de elefante, la cual era tan grande e inmensa que no podía apreciarse el torso de aquel extraño monstruo.

-Sálvate –volvió a gritar el hombre escupiendo cada vez más sangre- haz tu trabajo y también sálvalos a ellos.

Una mano agarró su hombro y la jaló hacia atrás...

-¡Manzo!, ¿Qué rayos estás haciendo? – era Adrián que se encontraba a su lado- déjame ayudarte con el chico.

Alejandra miró hacia varios lados. Todos volvían a estar presentes: sus compañeros, los policías, reporteros, forenses y alguno que otro vecino chismoso. El traslado del chico a la ambulancia y después al hospital resultó en una nebulosa de pensamientos, todo ocurrió en modo automático, ella sabía que atendió al joven mientras luchaba por su vida en la camilla, al igual cuando fue ingresado al hospital y dio su reporte a los médicos. Sabía que todo eso había salido bien, el chico podría sobrevivir, algo que no podría decirse del hombre, un trágico final.

La violinista no estaba segura si todo aquello había sido real o solo producto de su mente. Imploraba en que todo hubiera sido una simple desconexión de la realidad, una broma de su cerebro por el estrés. Pero había una frase que la atormentaría por los días siguientes: "haz tu trabajo y también sálvalos a ellos".

## Capítulo 8

Era ya entrada la noche, no sabía con exactitud la hora, pero suponía por la posición de la luna que el reloj podría marcar alrededor de la una de la mañana. La calle se encontraba vacía a excepción por unos transeúntes parados en la acera de enfrente que conversaban tranquilamente, uno de ellos llevaba en la mano izquierda un cigarro a medio consumir y el otro (una mujer de estatura alta) un vaso con un líquido caliente, lo más seguro es que fuera café; unos grillos que cantaban con suavidad desde su escondite armonizando la silenciosa oscuridad y las estrellas que brillaban con intensidad, aquellas que contaban historias desde tiempos inmemoriales.

Una de sus tantas pasiones era la fotografía. "Eres un chico bastante impredecible", le decía su madre con bastante frecuencia, claro está, el solo sonreía, no podía hacer más ya que desde su punto de vista tenía razón. Fernando había nacido con un apetito de aprendizaje bastante voraz, aprendió a gatear a muy temprana edad y para los dos años ya sabía caminar a la perfección. A la edad de cinco años sus padres se dieron cuenta de que había desarrollado una gran habilidad para usar las manos tan asombrosa que con los bloques de juguete realizaba maravillosas creaciones, los rompecabezas los armaba con grandiosa facilidad sin importar la cantidad de piezas que contuviera. Claro está, no quisieron desaprovechar su asombroso talento y Fernando durante su niñez y parte de la adolescencia tomó varios cursos de arte: pintura, modelado, dibujo y música. Al entrar a la preparatoria decidió enfocarse en una sola arte: tomó clases violín.

Desde ese momento forjó el camino que quería seguir. No solo aprendió a tocar ese instrumento, también aprendió de su estructura, de esa manera cuando se le rompía alguna cuerda él la colocaba e incluso llegó a cambiar el puente sin ayuda de un laudero.

De vez en cuando le gusta salirse con su cámara a capturar momentos de la vida cotidiana y la naturaleza, él siempre decía que lo más bello podría encontrarse en los pequeños detalles que incluso, muchas veces, pasan desapercibidos. Éstos últimos ensayos habían sido bastante agotadores, el director se apasionaba con las canciones y el nivel de gritos incrementaba con el paso de los días. Fernando no le prestó atención a ese cambio emocional que sufrió el director, era lógico pensar que conforme se acercaba la fecha de la presentación la presión no solo aumentara en los músicos, también en aquella persona que está a cargo. La tranquilidad y los movimientos lentos que caracterizaban al señor Sánchez habían desaparecido dando paso a un hombre de carácter fuerte, facciones bruscas y enérgico al momento de tomar la batuta. "Yo creo que quiere quedarse como titular" comentó su amigo Julián un día cuando estaban comiendo. La verdad es que la idea no era descabellada del todo, el

director Rosas se encontraba gravemente herido en el hospital, podría tardar bastante tiempo en recuperarse y se sabe bastante bien, que los ingresos económicos de los sustitutos son increíblemente menores a los de un director de orquesta titular.

Hoy decidió salir a capturar la belleza de la noche con la cámara que le había heredado su abuelo, es antigua y aún usa rollo, pero sigue siendo funcional y además le habían integrado el flash.

Había tomado ya varias fotografías de candiles (algunos funcionaban simulando un orbe de luz en medio de un mar de oscuridad), grillos que le cantaban con melancolía a la noche, edificios magistrales que son comunes en la ciudad y el magnífico templo gótico en el centro de ella. Había sido suficiente por esta noche, la caminata le había relajado y agotado lo suficiente para dormir con tranquilidad.

Comenzó a caminar con paso lento, cruzó un callejón solitario en dónde solo podía escuchar el eco de sus propios pasos. La temperatura había disminuido de manera considerable desde que salió del apartamento, no se le había ocurrido llevar una chamarra, así que el poco viento que soplaba le golpeaba los brazos desnudos y su rostro con suavidad, para su fortuna el clima era bastante agradable... aún.

Para regresar al departamento debía de pasar por el café en dónde el profesor había tenido el accidente hace varias semanas. Se detuvo en seco al observar la pared en la cual había chocado el profesor, lo que sus ojos percibían no podía ser cierto, su estómago se contrajo y de pronto el viento se volvió helado. Aquél muro seguía destruido, el enorme hoyo que el automóvil había dejado en él se mantenía, los ladrillos seguían esparcidos en el suelo y una nube de polvo rojizo bailaba por el lugar asemejándose a una niebla espectral; un pensamiento fugaz cruzó la mente del violinista: "parece como si el tiempo no hubiera pasado y el accidente acabara de ocurrir". Se sorprendió verla así, sabía que fue restaurada hace días, recordaba los trabajadores colocando cada ladrillo como si quisieran ocultar un error del pasado. Sintiendo un impulso alzó su cámara y le tomó una foto.

-¿Quién eres? -preguntó mientras su voz se quebraba.

Sus manos temblaron a tal punto que llegó a pensar la cámara se le caería de las manos, sus pupilas se dilataron y el cabello perdió su brillo. Al momento de activar el flash y haber iluminado por una fracción de segundo aquella pared en ruinas pareció materializarse un rostro. Obviamente no obtuvo respuesta a la absurda pregunta, sabía que no había nadie, todo era producto de su imaginación... sí, eso debía de ser.

Cuando estaba dispuesto a irse escuchó pasos en la grava que se acercaban hacia él. Giró de un lado a otro para ver quién podría ser, pero

me encontraba solo, la poca iluminación no permitía ver con claridad, pero el chico sabía que se encontraba solo.

-¿Quién está ahí? –preguntó al aire con voz nerviosa, su corazón palpitaba con rapidez.

Pero, al igual que antes, siguió sin respuesta.

-Fernando... –se escuchó la voz de una chica a lo lejos- debes venir conmigo.

La escuchaba, pero no la podía ver. Aquella voz espectral resonó en las paredes del callejón y las casas cercanas. Otro impulso le hizo tomarle una segunda foto a la pared, pero para su sorpresa a aquel rostro se había desvanecido. Los músculos duros y tensos comenzaron a relajarse, su respiración disminuyó y exhaló con tranquilidad.

“Que tonto”, pensó mientras soltaba una pequeña carcajada, “solo fue una ilusión creada por el cansancio y el estrés”. Queriendo comprobar su razonamiento volvió a tomarle una foto al agujero... fue una pésima idea.

Su rostro se volvió blanquecino y los cabellos de la nuca se erizaron provocando una horrible sensación de muerte. El rostro volvió a materializarse, pero ahora en la nube de polvo; acompañado de un torso ancho, piernas bastantes robustas como para pertenecer a un ser humano y brotando a los costados de aquel rostro sin ojos y boca, unas enormes orejas como si de dos gigantes abanicos desplegados se trataran,

-Ya casi es momento -dijo aquella extraña voz, pero ahora parecía estar dentro de su cabeza.

-¿Momento de qué? –gritó con desesperación.

Siendo manejado por el pánico comenzó a tomar fotos por el simple hecho de activar el flash y observar a aquella criatura, no podía perderla de vista. Con horror observó como la silueta negra parecía estar caminando hacia él y mientras lo hacía le comenzaron a brotar protuberancias en el centro del desfigurado rostro parecido a cuernos. Con cada fotografía, cada vez que la luz lo iluminaba por un pequeño instante la bestia parecía crecer.

Y entonces despertó...